NOTAS DE UN LECTOR

El "Celoso prudente" y "A secreto agravio, secreta venganza"

Don Alberto de Lista, con ocasión de publicar Hartzembusch en su *Galería dramática* las obras de Tirso de Molina (Madrid, 1839), hizo un detenido análisis de *El celoso prudente* (1), que juzga antecedente indiscutible del drama de Calderón, *A secreto agravio, secreta venganza.*

Siendo este punto de verdadera importancia, aunque no sea más que por la que tienen ambos dramaturgos, y aún ambos dramas dentro de sus producciones respectivas, no parece habérsele concedido tanta por los que después le han tocado.

Hecho un estudio comparativo de ambas obras, aparece patente la exactitud del aserto de Lista; no solo el don Sancho de Urrea, el celoso de Tirso, es el original del don Lope de Almeida de Calderón, sino que este tuvo muy presente el drama del mercedario, imitando caracteres, dicción y efectos escénicos.

He aquí brevemente relatado lo que nos interesa del argumento de *El Celoso prudente,* prescindiendo de intrigas y complicaciones secundarias.

Un caballero aragonés, don Sancho de Urrea, casa con Diana, dama particular; el príncipe Segismundo, hijo del rey de Bohemia, país donde se fingen los sucesos, contra la voluntad de su padre pretende a Lisena, hermana de Diana. Para llevar a cabo su propósito se vale de varias industrias, no todas verosímiles en verdad, una de las cuales, hacer creer a los padres, suyo y de Lisena, que su amada es Diana, provoca por varios incidentes las sospechas, más que celos, de don Sancho, quien se propone tomar sonada y cruenta venganza. Con cautela espía y espera, y antes de poner en obra designio sanguinario se descubre toda la verdad, felicitándose don Sancho de su prudencia y rematándose felizmente los incidentes todos de la comedia.

Esta acción que en la estructura harto confusa del drama parece accesoria, es sin duda la principal. El noble don Sancho es *el celoso* y el *prudente* que da el título a la obra; los versos que dice son los

(1) Incluído en *Ensayos literarios y críticos* por don Alberto de Lista y Aragón. Tomo II, Sevilla, 1844.

más inspirados y dichosos; a su aparición en escena quedan en segundo término y más allá todas las intrigas y líos palacianos; en un retablo de artificios ha irrumpido una verdadera y humana pasión.

La idea capital del drama, que Calderón ha de reproducir hasta con las mismas palabras, es que en asuntos de honra debe huirse la publicidad, pues aunque el ofendido reaccione ante la afrenta y dé buena cuenta del ofensor, más vive en la memoria de las gentes el agravio y vilipendio que su reparación. Remedio contra este inconveniente, ya que la venganza es postulado en casos de honra para nuestros dramaturgos, es el disimulo para averiguar la ofensa, y el secreto para vengarla.

Expuestos, aunque por modo somero, argumento y tesis del drama de Tirso, vengamos a considerar el de Calderón, dejando para después el análisis circunstanciado de escenas y detalles.

El propio Tirso va a contarnos el argumento del drama calderoniano con mayor concisión y exactitud en su verso que pudiéramos yo ni otro alguno en nuestra desmañada prosa.

. . . . . .
. . . . . .

DON SANCHO.

Yo he leído de un marido
a quien un grande afrentó
que en secreto se vengó.

DIANA (aparte).

Que yo le ofendo ha creído.

DON SANCHO

Convidó en medio el estío
a su enemigo a nadar,
y a título de jugar
los dos entrando en el río,
abrazándose con él,
a la mitad le llevó
donde su injuria vengó,
siendo sus brazos cordel,
y el verdugo su corriente.
Después salió voceando:
«favor, que se está anegando
mi amigo; ayudadle, gente.»
Y con este medio sabio,
dió nuevo ser a su honor,
paga justa al agresor,
y nadie supo su agravio.

. . . . . .
. . . . . .

. . . También leí
que este marido prudente
después que dormida vió
su esposa, fuego pegó

al cuarto: que quien consiente,
al agresor acompaña;
y cerrándola la puerta
después que tuvo por cierta
su muerte, y la llama extraña
en cenizas esparció
su agravio, porque no hubiese
quien de él noticia tuviese,
desnudo a voces pidió
agua; mas no tiene efecto
cuando la honra incendios fragua
y ansí del fuego y del agua
fió el honor su secreto.

(*El Celoso prudente*. Acto III. Escena VII).

Entre las mil deficiencias a que esta nota ha de estar condenada por ser mía, acaso sea la de más bulto no poder informar al lector de si este brutal suceso es invención de Tirso, o más bien tradición que se conservara, como de tantos sucesos semejantes, en crónicas, avisos o miscelánea. El personaje de Tirso dice, y por dos veces, *leí*. El drama de Calderón termina con estas notables palabras:

Es la *verdadera* historia
del gran Don Lope de Almeida....

expresiones todas que parecen abonar la suposición de que se trata de sabida conseja. Podrían, pues, tener, relación de Tirso y drama de Calderón, un antecedente común que excluyera la seguridad de que el segundo tuvo presente la producción del mercedario; pero son, como veremos, tantos los indicios de lo contrario, que es imposible no pensar en una imitación deliberada.

El pensamiento capital, o digamos tesis de ambos dramas, es idéntico. Le expresan además con tan parecidas palabras, que no solo el argumento, sino hasta el título parece que dió hecho Tirso en su obra.

Don Sancho.

....¡a qué ocasión
vino tu aviso discreto!
El agravio que es secreto
secreta satisfacción
pide....

(*El Celoso prudente*. Acto III. Escena V).

En ambos dramas el carácter del protagonista se desarrolla de análoga manera, sin más variacion que la correspondiente al punto de origen de las sospechas. En Tirso, Don Sancho escondido, oye de labios del rey una severa reprensión al príncipe sobre el respeto que debe a Diana, ocasionada por la intriga que se dijo al narrar el argumento. Parte, pues, Don Sancho de una noticia fidedigna.

Don Lope de Almeida comienza por verdaderas sospechas celosas, debidas a indicios muy diestramente insinuados, que se convierten en seguridad al sorprender en su casa al caballero motivo de sus recelos.

Ambos, en el desarrollo del drama, proceden por monólogos, como conviene a pasión tan poco confidenciable.

Se ha exagerado el carácter de Don Lope de Almeida, suponiéndole movido solo del sentimiento de la honra. Don Lope siente celos, verdaderos y humanos celos: si deja sobreponerse el sufrimiento de la honra a toda otra pasión, nunca deja de acordarse de su amor, víctima primera en la rota de su honra. Don Sancho, a quien proporcionan la boda casi por razón de estado, es menos humano. Toda su alma está llena del furor de su agravio que en momentos parece querer hacer cuestión internacional.

No ha de haber quien imagine
que una mujer alemana
ose afrentar atrevida,
la honra y valor de España.

dice Don Sancho en el ápice de su indignación: y en su complacencia por el dichoso final no parece entrar por nada la satisfacción de poseer intacto el amor de la esposa que tan mal parado vió en las anteriores escenas.

Menéndez y Pelayo compara los maridos calderonianos con el Otelo de Shakespeare. Verdaderamente no hay paridad entre la pasión sin mezcla de otro sentimiento convencional, y los preocupados personajes de Calderón. Pero es exagerado afirmar que éstos están por completo desposeídos de sinceridad. Léase en prueba de mi aserto toda la escena VI de la segunda jornada del drama calderoniano que comentamos, y nótense los muchos suspiros y exclamaciones en que abundan los monólogos y apartes de Don Lope, que no son ciertamente ripios ni licencias. El recuerdo del Otelo queda aún a infinita distancia, es cierto, pero no olvidemos que este ejemplo es acaso el mayor de vehemencia y arrebato pasional que posee la literatura universal.

El mandato brutal de la honra según los cánones del honor de nuestro teatro clásico, tanto Don Sancho como Don Lope le cumplen o están dispuestos a cumplirle, pero en cierto modo no le acatan, antes razonan, y muy cuerdamente por cierto, contra él, y de modo tan parecido, que no es posible dejar de anotar este rasgo que tanto aproxima ambos dramas.

¡Ay, leyes fieras del mundo
de las de Dios embarazo!

dice muy justamente Don Sancho (Acto III. Escena III), y en otro monólogo razona con recto juicio y en idénticos términos a como veremos que lo hace Don Lope de Almeida.

¡Válgame Dios! ¡Que las leyes
del mundo fundado hayan
la honra en una mujer!
¡En una pluma liviana,
el honor, de tanto peso!
. . . . . .
A cabo de tantos días
honra por mí conservada,
con tanta industria querida,
ilustre con tanta hazaña.
¿Un pensamiento os destruye?
¿Un soplo liviano os mata?
¿Un poco de viento os quiebra?
¿Una mujer os maltrata?
Mas sois de vidrio, ¿que mucho
que si os derriba una ingrata,
cayendo el vidrio se quiebre
y el honor pedazos se haga?

(*El Celoso prudente.* Acto II. Escena XVIII)

¡Oh, locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!
. . . . . .
¿Quién puso el honor en vaso
que es tan frágil? ¿Y quién hizo
experiencias en redoma
no habiendo experiencia en vidrio?
Pero acortemos discursos;
porque será un ofendido
culpar las costumbres necias
proceder en infinito.
Yo no basto a reducirlas
(con tal condición nacimos);
yo vivo para vengarlas,
no para enmendarlas vivo.

(*A secreto agravio...* Jornada III. Escena VI).

El distinto sesgo que toma la acción en ambos dramas no impide que los caracteres de los protagonistas sean tan parecidos, sin más diferencia acaso que ser un punto más apasionado Don Lope. Son como el mismo personaje puesto en dos trances diversos: en *El Celoso prudente* planea la venganza, que cumple puntualmente en el trágico drama calderoniano.

Un recurso escénico tienen, capital y poderosísimo, y que no es posible que se halle en los dos por mera coincidencia: el modo como se avivan en ambos las sospechas.

En *El Celoso prudente,* Orelio, criado, interrumpe un triste monólogo de Don Sancho con su risa motivada por un vulgar sucedido que relata. Un sastre es denunciado y hecho preso y el juez por primera

providencia manda pasearle «sobre el usado animal» y azotarle. Prueba el sastre su inocencia ante el consejo y por deshacer la ofensa vuelven a pasearle por las acostumbradas, pero esta vez muy honrado. Al verle pasar pregunta alguno: ¿cuál es el azotado? y desde entonces con ese infame mote se le nombra siempre.

Hanle honrado, en fin, los jueces,
y agora pasa esta calle;
mas yo digo que el honralle
es afrentalle dos veces;
pues después de paseado,
y saldado su desastre
no le llamarán *el sastre*
sino solo *el azotado.*

Vase el criado y Don Sancho reanuda el hilo de su meditación con las últimas palabras de Orelio que tan cruelmente cuadran a su situación.

«No le llamarán el sastre
sino solo el azotado.»
¡Conque agravio publicado
añade a la afrenta lastre!

El efecto escénico tan naturalmente buscado es admirable, y bien lo advirtió el fino instinto dramático de Calderón quien trasladó la situación a su drama mejorándola notablemente. La relación, que también interrumpe un trágico monólogo de Don Lope, está puesta en labios de su más leal amigo, y no es de caso risible, sino de un serio lance motivado por su mala ventura; desgracia que por recaer en un cumplido caballero ha de interesar y conmover al espectador más que el cuento del sastre. He aquí la relación que no sería perdonable que sustituyese con mi prosa.

Dice Don Juan de Silva:

...en esta parte
estaban en un corrillo
unos hombres, y al pasar
el uno a los otros dijo:
«Aqueste es Don Juan de Silva»
Yo, oyendo mi nombre mismo,
que es lo que se oye más fácil,
apliqué entrambos oídos.
Otro preguntó: «¿Y quién es
este Don Juan?—¿No has oído
(le respondió) su suceso?
Pues este fué desmentido
de Manuel de Sosa.»—Yo,
que ya no pude sufrirlo,
saco la espada, y a un tiempo
tales razones le digo:
«Yo soy aquel que maté
a Don Manuel mi enemigo,

tan presto que de mi agravio
la última razón no dijo.
Yo soy *el desagraviado*
que no soy *el desmentido.*»
. . . . . .
Dije y cerrando con todos
siguiéndolos he venido
hasta aquí. . . . .
. . . . .mil veces
por vengarse uno atrevido,
por satisfacerse honrado
publicó su agravio mismo,
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.

Vase D. Juan y D. Lope, al igual que el celoso de Tirso, vuelve a sus sombríos pensamientos, repitiendo las mismas palabras con que su amigo terminara el relato de su desgracia.

«Porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.»
Luego si me vengo yo
de aquella que me ofendió,
lo publico: claro está
que la venganza dirá
lo que la desdicha no.

Este monólogo sigue idéntica ruta dialéctica que el de D. Sancho, del que está imitada hasta la simetría de la antítesis, nervio del razonamiento.

D. Sancho.

El que me viere vengado,
no dirá cuando me vea:
«este es Don Sancho de Urrea»,
sino «este es el afrentado».

(*El celoso...* Acto III. Escena V).

D. Lope.

Y después de haber vengado
mis ofensas atrevido,
el vulgo dirá engañado:
«este es aquel ofendido»
y no «aquel desagraviado».

(*A secreto agravio...* Jornada III. Escena VIII.)

Otros detalles accesorios cooperan también al convencimiento del parentesco de ambas obras, mas no he de hacer gran hincapié en ellos o por ser comunes a otros dramas del tiempo, o más bien por creer sobradamente probada mi intención.

Así pues, podría anotarse la igualdad de metros en cada situación semejante: los monólogos siempre en versos de ocho sílabas y

los razonamientos del Rey de Bohemia y del Rey Don Sebastián en versos endecasílabos, acaso por parecer más majestuosos que los castellanos y por ende más dignos de las majestades. Así una trama amorosa de los criados en que juega en ambos dramas como prenda de sus dimes y diretes un *liston* o cinta, reducida en *El celoso* a unas pocas gracias, y continuada en *A secreto agravio* con chistes y situaciones que tienen más de lo donoso que de lo urbano.

Hasta aquí el análisis de ambos dramas.

No entiende rectamente la intención de estos apuntes quien entiende que debe rebajarse el mérito del drama de Calderón, por contar con tal antecedente. El lector no necesita que le recuerde que ninguna obra nace aislada, y que todas las producciones literarias de los hombres son como una inmensa familia, de que los críticos y más aún los investigadores son los genealogistas. De drama a drama hay enorme distancia. El de Calderón es de los más cuidados entre los suyos en la versificación y tiene mil primores de elocución y de ideas que nada deben al mercedario ni a otro que no sea el propio Don Pedro. Salvo el desenlace, que fatalmente ha de tener poca eficacia teatral, ya que no cabe en las tablas la visión directa de un incendio, ni de un naufragio, el drama es de los más regulares y concertados y de acción mejor graduada de Calderón, a más de hallarse casi limpio de rasgos culteranos de mal gusto.

Denota acaso mayor espontaneidad y tiene más frescura la producción de Tirso, pero cede a la mayor perfección y más sabia técnica del drama de Calderón.

Si estos pobres apuntes mueven a alguno a refrescar la lectura de ambas obras, yo quedaré satisfecho y él pagado de la lectura, acaso enojosa, de estas desmañadas notas.

Gracián, crítico literario

No es la *Agudeza y arte de ingenio* preceptiva de alguna escuela, sino estudio y catálogo de primores de ingenio en que indistintamente se mezclan, con ejemplos literarios de toda laya, frases y acciones de personajes célebres constituyendo un amenísimo centón o miscelánea.

Con ser libro de frecuente manejo entre aficionados a letras acaso no se ha explotado bastante, no ya lo referente a doctrinas estéticas, de lo que no he de ocuparme en esta nota, sino lo que toca a sus opiniones sobre escritores y libros.

Aparte de esto aún queda mucho por beneficiar en la *Agudeza:* noticias de interés para su biografía y las de sus parientes y amigos; textos de poesías con variantes, o acaso no incluídas en las colecciones de los respectivos poetas; muestras de su regional entusiasmo